

pusieron la silla de su imperio en Méjico. Traian cuenta y razon con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacan después que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Segun los libros desta gente, y comun opinion de sus hombres sabios y leidos, salieron estos mejicanos de un pueblito llamado Chicomuztotl, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoatl, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fué la una, hubo seis hijos. El primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecath, el cuarto Xicalancath, el quinto Mixtecath, el sexto Otomithl. En Chimalmath, que fué la otra mujer, hubo á Quezalcoatl.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló á Cuahuquechulan, Izcuzan, Epatlan, Teupantlan, Teouacan, Cuzcatlan, Teutilan y otros muchos lugares.

Tenuch pobló á Tenuchtilan, y dél se dijeron al principio Tenuchca, segun algunos cuentan, y después se llamaron Méjica. Deste Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron á mandar toda la tierra y á ser señores de todo su linaje y de otras muchas gentes.

Ulmecath pobló tambien muchos lugares en aquella parte á do agora está la ciudad de los Angeles, y nombrólos Totomiuacan, Vicilapan, Cuextlaxcoapan, y otros así.

Xicalancath anduvo mas tierra, llegó á la mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero á los dos mas principales llamó de su mismo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Este es gran pueblito y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, á las cuales van muchos mercaderes de léjos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo destes al otro.

Mixtecath echó por la otra parte y corrió hasta la mar del Sur; donde pobló á Tututepec; edificó á Acatlan, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapan. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y buenos pueblos.

Otomithl subió á las montañas que están á la redonda de Méjico. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñon de todos ellos es Xilotepec, Tullan y Otompan. Esta es la mayor generacion de toda la tierra de Anauac, la cual, allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros. Tambien hay quien dice que los chichimecas vienen deste Otomithl, por ser entrambas naciones de baja suerte y la mas suez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoatl edificó, ó como dicen algunos, reedificó á Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla y otras muchas ciudades. Fué aqueste Quezalcoatl hombre honesto, templado, religioso, santo, y, como ellos tienen, dios. No fué casado ni conoció mujer. Vivió castísimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, segun se dice, la ley natural, y enseñóla con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fué el primero

que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como agora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio del mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, á Quezalcoatl; y porque no saben, ó porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire, y lo adoran en toda esta tierra, y principalmente en Tlaxcallan y Chololla, y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos extraños ritos y sacrificios.

Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, ó conquistaron; que tambien se cuenta de ellos haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, así porque basta para declaracion del linaje y tierra de estos mejicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leidos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz la origen de los reyes mejicanos, no se determinan á certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de Méjico y Tezcucó se precian de llamar Aculuques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de mas cualidad y estofa que los otros, y así tambien, son mas estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religion es lo mejor y lo que mas se usa.

Por qué se dicen aculuques.

Los señores de Tezcucó, que verdaderamente son señores de Aculuacan, y mas antiguos que mejicanos, se jatan decender de un caballero que era mas alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombres arriba, por lo cual le llamaron Acullí, como si dijésemos el hombrudo ó el alto de hombros, que acullí es hombrudo, aunque tambien quiere decir el hueso que baja del hombrudo al codo. Allende que este Acullí fué hombre de gran estatura, fué asimesmo grande en todas sus cosas, especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de Méjico, que son los mayores y los grandes, y en fin los reyes de los reyes, se precian de ser y de se llamar de Culúa, diciendo que decenden de un Chichimecatl, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoatl por junto al hombro, cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron por un gran hecho, y decian: «Hombre que ató á un dios, atará á todos los mortales;» y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatl, que como poco há dije, acullí es el hueso del codo al hombro, y el mismo hombrudo. Valió, y pudo mucho después aquel Aculhuatl, y dió comienzo á sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes á ser reyes de Méjico en aquella grandeza que Moteczuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatl, aunque por diversos efetos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcucó, y este los de Méjico.

De los reyes de Méjico.

Cuenta su historia que vinieron á esta tierra los chichimecas el año, segun nuestra cuenta, de 721 después que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la orden y sucesion de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que ó se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, ó que no declaran el capitán que traian, ó que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió mas de cien años después que entraron en esta tierra. Muerto que fué Totepeuch, se juntó toda la nacion en Tullan, é hicieron señor á Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veinte y dos años. Fué rey cincuenta años, ó casi.

Estuvieron sin señor, después que Topil murió, mas de ciento y diez años; pero no cuentan la causa, ó quizá se olvidan el nombre del rey ó reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullan, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Piensan algunos que entre los mismos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaria; que como de Topil no quedaban hijos, habia muchos deseos de mandar. Empero de cualquier manera que fué, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje. Uemac fué un señor, y salió de Tullan por una parte. Nauhicioc, que fué el otro señor, y natural chichimeca, se salió tambien del pueblo, y se vino hacia la laguna con los de su valia; fué rey mas de setenta años, y acaece vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhicioc reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecin.

Nonoualcatl sucedió á Uecin.

Reinó después dél Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mejicanos á Chapultepec. Esto es segun la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío á este Achitometl Mazazin.

A Mazazin heredó Queza.

Tras Queza fué rey Chalchinhona.

Por muerte de Chalchinhona vino á reinar Cuauhtlix.

A Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac Ciuhtetl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mejicanos á do es agora Méjico.

Muerto Ciuhtetl, fué rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredóle Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambicion de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculuacan cerca de doce años, y no solamente mató al Rey, sino tambien á seis hijos y herederos. Ilancueitl, que era la reina, ó segun algunos, ama, huyó con Acamapichcin, hijo ó sobrino, pero heredero forzoso de Cuaulichan. Doce años después que Achitometl señoreaba, se fué á los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, ó con las crueldades,

HA.

muertes, agravios y otros malos tratamientos que habia hecho á los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culuacon, y por falta del rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuahuauac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco.

Después que Acamapich se crió algunos años en Couatlichan, le llevaron á Méjico, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como habia de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para se casar, procuraron muchos caballeros de Méjico darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas mas nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los mas y mayores señores de toda esta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culuacon, poblóla, y puso en ella por señor á su hijo Nauhicioc, que fué segundo de tal nombre. Y él asentó y residió en Méjico; fué un excelente príncipe y un gran varon, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que, como ellos dicen, tenia la fortuna en la mano. Tornó á ser señor de Culuacon, como su padre lo fué; fué asimesmo rey de Méjico, y en él se comenzó á extender el imperio y nombre mejicano; y en cuarenta y seis años que reinó se enobleció muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlan. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de Méjico su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuahuauac, y con ella señoreó aquel estado.

A Viciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcóna. Este Izcóna señoreó á Azcapuzalco, Cuahuauac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno á Nezualcoyocin, señor de Tezcucó, y al señor de Tlacopan, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecian y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor dellos era el rey de Méjico, el segundo el de Tezcucó, y el menor el de Tlacopan.

Por muerte de Izcóna reinó Moteczuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenian en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos á los padres que tenían hermanos, hasta ser muertos los tíos; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Moteczuma.

Tras este Moteczuma vino á suceder en el reino una su hija, ca no habia otro heredero mas cercano; la cual casó con un su pariente, y parió dél muchos hijos, de los cuales fueron reyes de Méjico tres, uno tras otro, como habian sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fué rey después de su madre, y dejó un hijo, que llamó Moteczuma por amor de su agüelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica.

A Tizocica sucedió Auhizo, que tambien era su hermano.

Como fué muerto Auhizo, entró á reinar Moteczuma, y comenzó el año de 1503. Este fué á quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos deste Moteczuma, á lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor dellos murió entre muchos españoles al huir de Méjico. De los otros dos,

28

era uno loco y otro perlático. Don Pedro Moteczuma, que aun vive, es su hijo, y señor de un barrio de Méjico; el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor señor. De las hijas, una fué casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y después con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuellauac. Fué bautizada, y llamóse doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Moteczuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Moteczuma mas de dos hijos legítimos: á Axayaca, varon, y á esta doña Isabel; aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Moteczuma eran legítimos.

Muerto que fué Moteczuma, y echados de Méjico los españoles, fué rey Cuellauac, señor de Iztacpalapan, su sobrino, ó como algunos quieren, hermano. No vivió mas de sesenta días, aunque otros dicen muchos menos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narvaez.

Por muerte de Cuellauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Moteczuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató á Axayaca, á quien pertenecía el reino, y tomó por mujer á la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió á Méjico, aunque la defendió esforzadamente.

#### La manera comun de heredar.

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual porné aquí algo dello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razon por donde no parten la hacienda es por no la desminuir con la particion y particiones que una tras otra se harian; lo cual, aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no mas; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entonces aquel hermano mayor tantos cacaos por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maíz, ó las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece á quien no lo sabe que es un desafortado pecho. Y á la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuelven las haciendas al señor ó al pueblo, y entonces las da el señor ó el pueblo á quien bien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no mas; bien que siempre hay respecto á darlas á parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado á renta, ó como decimos acá, á censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que parece mas justo y mas libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesion sin decreto y voluntad del

pueblo, ó sin licencia del Rey, á quien debe y reconoce vasallaje, á cuya causa muchas veces venian á heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenia de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en comun, tenían diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba el linaje. La general costumbre entre reyes y grandes señores mejicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no habia hijos ni nietos, heredaban los parientes mas propincos. Los reyes de Méjico, Tezcuco y otros sacaban del Estado lugares para dar á hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querian que siempre los hijos de las mujeres mejicanas, hijas y sobrinas del Rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni á los que pertenecía el Estado.

#### La jura y coronacion del Rey.

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre de rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de Méjico era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcuco y al de Tlacopan, que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufraganos al imperio mejicano, los cuales venian muy presto. Si habia dubda ó diferencia quién debia de ser rey, averiguábase lo mas aína que podian, y si no, poco tenían que hacer. En fin, llevaban al que pertenecía el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Vitcilopuchtli. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad, que para esto nombraban, y delante dél iban los señores de Tezcuco y de Tlacopan, sin entremeterse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas de sus ditados y oficios en la coronacion y ungimiento. No subian á las capillas y altar sino pocos seglares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas ceremonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchia: tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al ídolo de Vitcilopuchtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venia luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos tambien de las sobrepellices que, segun en otra parte dije, ellos usan; y sin hablalle palabra, le tiñia todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto, saludando ó bendiciendo al ungido, rociábase cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagracion del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y saz, que hacian por algun significado ó propiedad. Poníale después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calavernas de muerto, encima de la cual le vestia otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de

muerto, muy al natural pintados. Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes. Cargábale tambien á las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le tocaba pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le aojasen viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poníale asimismo en el brazo izquierdo una taleguilla con el encienso que ellos usan, y dábase un brasero con ascuas de corteza de encina. El Rey se levantaba entonces, echaba de aquel encienso en las brasas, y con gran mesura y reverencia sahumaba á Vitcilopuchtli, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que ternia la religion de sus dioses, que guardaria los fueros y leyes de sus antecesores, que manteria justicia, que á ningun vasallo ni amigo agraviaria, que seria valiente en la guerra, que haria andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los rios, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometia y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses, y á los miradores, y con tanto le abajaban los mismos que lo subieron, por la orden que primero. Comenzaba luego la gente á decir á voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entonces viéranse bailar á unos, tañer á otros, y á todos que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacian. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenia, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é ibanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlacateco. No salía del patio y templo en cuatro días, los cuales gastaba en oracion, sacrificios y penitencia. No comia mas de una vez al día, y aunque comia carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al día y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. Tambien incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro días, venian todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagracion. Con haber dicho estas ceremonias y solemnidad que Méjico tenia en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los mas siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pié de las gradas. Venian luego á Méjico por la confirmacion del estado, y vueltos á sus tierras, hacian grandes fiestas y convites, no sin horracheras ni sin carne humana.

#### La caballería del Tecuilli.

Para ser tecuilli, que es el mayor ditado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores,

Tres años y mas tiempo antes de recibir el hábito desta caballería, convidaba á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuittes de la comarca. Venian, y juntos miraban que el día de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrupulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subian por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salía luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas pedrezuelas de azabache negro, y no de otra color; haciale tras esto un gran vejámen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comian los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anochece, le traian ciertos sacerdotes unas mantas grosseiras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase, puas de mel con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los ídolos; y si habia gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban mas de tres hombres, soldados viejos y diestros con la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormía en cuatro días sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con puas de mel. Cada media noche sahumaba los ídolos, y ofreciales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, piés y lengua. Tras esto comia; que hasta entonces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos ó buñuelos de maíz, y una copa de agua. Alguno destes tales caballeros no comia bocado en cuatro días. Acabados estos cuatro días, pedia licencia á los sacerdotes para ir á cumplir su profesion á otros templos; que á su casa no podia, ni llegar á su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia. Al cabo del año, y de allí adelante, cuando queria salir, aguardaba á un día de buen signo para que saliese en buen pié, como habia entrado. El día que habia de salir venian todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle á cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traía, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas, cobríanlo de una fina manta, y encima della le echaban otra manta riquísima, que era el hábito ó insignia de tecuilli. Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacia un razonamiento, del cual era la summa que mirase el orden de caballería que habia tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje

y nombre, así se aventajase en condicion, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religion, que defendiese la patria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila ó tigre, pues por eso le agujeraba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo mas alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendicion. Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban á comer en el patio, y los ciudadanos tañian y cantaban conforme á la fiesta, y bailaban el netotelizli. La comida era muy abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volateria; ca de solos gallipavos se comian á yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las codornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. Tambien servian culebras, víboras y otras serpientes guisadas con mucho ají; cosa que parece increíble, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponian en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no habia pariente pobre. Daban á los señores tecuitles y principales convidados plumajes, mantas, tocas, zapatos, bezotes, y orejeras de oro ó plata ó piedras de precio. Esto era mas ó menos, segun la riqueza y ánimo del nuevo tecuitli, y conforme á las personas que se daba. Tambien hacia grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuitli se ponía en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezueltas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas; ca en aquello se conoscián y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra á la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podia traer tras de sí un banquillo para sentarse do quiera que le pluguiese. Este ditado tenían Xicotencatl y Maxica, que fué gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallan y su tierra.

#### Lo que sienten del ánima.

Bien pensaban estos mejicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban segun vivieron, y toda su religion á esto se encaminaba; pero donde mas claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenian que habia nueve lugares en la tierra donde iban á morar los difuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartiánse desta manera: los niños y mal paridos iban á un lugar, los que morian de vejez ó enfermedad iban á otro, los que morian súbita y arrebatadamente iban á otro, los muertos de heridas y mal pegajoso iban á otro, los ahogados á otro, los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, á otro; los que mataban á sus padres, hijos y mujeres, tenian casa por sí. Tambien estaban por su cabo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunmente se enterraba. Los señores y ricos hombres se

quemaban, y quemados, los sepultaban. En las mortajas habia gran diferencia, y mas vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que á los hombres, ni que á los niños. Al que moria por adúltero vestian como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteutl; al ahogado, como á Tlaloc, dios del agua; al borracho, como á Ometochtli, dios del vino; al soldado, como á Vitcilopuchtli; y finalmente, á cada oficial daban el traje del ídolo de aquel oficio.

#### Enterramiento de los reyes.

Cuando enferma el rey de Méjico ponen máscaras á Tezcatlipuca ó Vitcilopuchtli, ó á otro ídolo, y no se la quitan hasta que ó sana ó muere. Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podian venir á las honras dentro de cuatro dias; que los vasallos ya estaban allí. Ponian el cuerpo sobre una estera, velábanlo cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con decisiete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la devisa de Vitcilopuchtli ó Tezcatlipuca, ó la de algun otro ídolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lampare-ro, que tenia cargo de hacer lumbre y sahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del Rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodela, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recebíanlos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decia ciertas palabras, y haciale echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenia. Echaban tambien á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde habia de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entre tanto que ardia la hoguera, y quemaban al Rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes docientas personas, aunque en esto no habia tasa ni ordinario. Abrianlos por el pecho, sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carne-ro. Estos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrescian; otros eran enanos, otros contrechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponian al difunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes, ca debia ser ofrenda. Otro dia cogian la ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se quemaban, y la esmeralda que llevaba á la boca; todo lo cual metian en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenian guar-

dados para esto. Cerrábanla muy bien, y ponian encima della una imágen de palo, hecha y ataviada al proprio como el difunto. Duraban las obsequias cuatro dias, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fué quemado y delante la arca y figura. Al cuarto dia mataban por su alma quince esclavos, ó mas ó menos, segun que les parescia; á los veinte dias mataban cinco; á los sesenta, tres; á los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

#### De cómo queman para enterrar los reyes de Michuacan.

El rey de Michuacan, que era grandísimo señor, y que competia con el de Méjico, cuando estaba muy á la muerte y desafiuzado de los médicos, nombraba al hijo que queria por rey; el cual luego llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenian cargos de su padre, para enterralle; al que no venia castigábale como á traidor. Todos venian, y le traian presentes, que era como aprobacion del reinado. Si el Rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponian la devisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo alzaban todos ellos y los demás un gran llanto, entraban do estaba su rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua olorosa, vestíanle una camisa muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro á los tobillos, poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos braceletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas cercillos de oro, en el bezo un bezote de turquesas, y á las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenian una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, á manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, braceletes y collar de oro. Entre tanto que unos hacian esto, lavaban otros á las mujeres y hombres que habian de ser muertos para acompañar el Rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habian de ir á servir al Rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor; aunque algunos habia tan simples ó engañados, que tenian por gloriosa muerte aquella. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas, que solia ponerse el muerto; otra era para coquera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra por cocinera, y la otra por lavandera. Tambien mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el dia del enterrorio del Rey, ca mataban uno y aun mas de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se tenían los rostros de amarillo, y se ponian en las cabezas sen-

das guirnaldas de flores, é iban como en procesion delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chiflando, y creo que todos llorando. Los hijos del muerto y los señores principales tomaban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios Curicaneri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes, y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventalles, pendones y diversas armas. Salían de palacio á media noche con grandes tizones de toda y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barrian y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino, que tenian hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del monton de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seca, presto ardia. Achocaban entre tanto los engrinaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cosas que llevaban, detrás del templo, á raíz de las paredes. En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogian la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo; salían los sacerdotes, bendecian las endemoniadas reliquias, envolvíanlas en aquella y en otras mantas, hacian una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle máscara, plumaje, cercillos, sartales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma á las espaldas, que parecia un ídolo muy compuesto. Abrian luego una sepultura al pié de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestras los dioses, y tendíala en la cama con los ojos hácia levante. Colgaba muchas rodela de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algun arco. Arri-maba tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, él hinchió la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Saliáanse, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, echábanle por encima un suelo de barro, y con tanto se iban. Lavábanse mucho todos aquellos señores y personas que habian llegado al sepultado, y hecho algo en el enterramiento, y luego comian en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Alimpiábanse con sendos copos de algodón. Tenian las cabezas bajas, estaban mustios, y no hablaban sino « Dame á beber ». Esto les duraba cinco dias, y en todos ellos no se encendia fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y en templos; ni se molia maíz sobre piedra, ni se hacia mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacian todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

#### De los niños.

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recién nacido, diciendo: « ¡ Oh criatura! ¡ Ah chiquito! Venido eres al mundo á padecer; sufre, padesce y calla. » Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: « Vivo eres, pero morir tienes, ó por muchos